

capítulo

3

“¿Y CÓMO FUE?”, ME PREGUNTÓ DJ ESA TARDE durante las horas de estudio. Era un período de dos horas en el cual teníamos que permanecer en el dormitorio o en la sala común del piso de abajo y hacer la tarea. Para esa ocasión, había decidido utilizar a mi horroroso muñeco anaranjado: mi compañero de estudio. Para mi sorpresa, era bastante cómodo apoyarse contra la tela suave y descansar mis brazos humanos en sus brazos gruesos e inanimados.

–¿Cómo fue qué?

–Temas Especiales de la Literatura, *obvio*.

–Supongo que no estuvo mal –respondí. A decir verdad, Temas Especiales era una asignatura más bien rara. Pasaba de ser incómoda a extrañamente interesante.

–¿No les enseñaron algún idioma oscuro y hermético? –preguntó DJ–. ¿O realizaron algún rito de iniciación que involucrara aceites esenciales?

–Nop.

–Tal vez los alumnos del año pasado nos estaban

provocando –concluyó DJ–. Al final del semestre, se comportaban como si fuera lo más importante del mundo.

–No fue nada especial. Nos entregó ejemplares de *La campana de cristal*.

–¿Sylvia Plath? ¿Eso es lo que van a leer todo el semestre? –inquirió DJ con leve superioridad.

–Sip.

–Buena elección para este lugar.

–Exacto –señalé–. Creo que piensa que podemos aprender algo de esa novela o algo por el estilo.

–Yo leí *La campana de cristal* hace años –comentó DJ–. Bueno –agregó con voz satisfecha–, tal vez sea mejor que no esté en esa clase, ya que habría sido tedioso tener que leerla otra vez.

–Ah, y tenemos que escribir un diario –añadí–. Podemos escribir lo que queramos. Pero tenemos que entregárselo al final para que ella lo guarde. Jura que no lo va a leer.

–Un *diario* –resopló–. Qué obviedad.

Contenta de que Temas Especiales no fuera algo tan genial, DJ volvió a acomodarse en su cama. Mi primer día en El Granero no había sido terrible, pero tampoco mejor que cualquier otro de mis días del último año. Las horas habían transcurrido inútilmente; la única diferencia era que mis padres ya no rondaban mi puerta preocupados por mí, preguntándose cuándo volvería a ser la de antes.

Apoyada contra mi compañero de estudio, leí rápidamente el primer capítulo de *La campana de cristal* y luego el segundo, aunque no se suponía que debía leerlo. La novela era acerca de una estudiante universitaria muy

inteligente y súper ambiciosa llamada Esther Greenwood, que ganaba un concurso de una revista y la invitaban a pasar el verano en Nueva York para trabajar en una publicación de modas con un grupo de chicas también premiadas. Y mientras vivía en un antiguo hotel donde los hombres no podían pasar más allá de la planta baja, Esther comenzaba a sentirse extraña y desdichada.

La historia sucedía en 1950, cuando el mundo era distinto. Las personas usaban sombreros y tenían citas. De acuerdo con un cuadernillo que nos había entregado la profesora, Sylvia Plath había ganado un concurso y trabajado para una revista durante un verano mientras estaba en la universidad. Y durante esa estadía, había comenzado a sentirse distante y aislada. Igual que Esther, cuando regresó a su casa después del verano, tomó muchas pastillas para dormir y se ocultó en el espacio que había debajo del porche de la casa familiar, esperando morir.

Sin embargo, Sylvia Plath no murió sino que entró en coma y, unos días después, recuperó la conciencia. Su familia escuchó los gemidos, llamó a una ambulancia y le salvó la vida. A continuación, después de haber estado en un hospital psiquiátrico y de haber recibido muchas terapias normales y también de shock –donde le colocaban electrodos y encendían el voltaje–, se recuperó. Y lo mismo sucedió con su personaje, Esther. En la vida real, Silvia se convirtió en escritora y tuvo un matrimonio problemático con otro escritor, un poeta inglés llamado Ted Hughes. Tuvieron dos hijos, un varón y una mujer.

Pero cuando tenía treinta años y vivía en Londres, hizo otro intento de suicidio: abrió el gas y metió la cabeza

en el horno, como Marc había dicho en clase. Esa vez, lo logró.

DJ cerró el libro de Historia súbitamente y se puso de pie.

–Ya terminé –anunció–. Me voy abajo para ver si logro sacarle a Hayley Bregman una galleta *Milano* de menta y chocolate. ¿Quieres venir? –esa era la primera invitación vagamente social que había recibido en El Granero, pero no conseguí demostrar ningún interés. Además, DJ y yo ya pasábamos mucho tiempo juntas.

–No –contesté–. Probablemente escriba mi diario. Aunque en realidad no tengo nada que decir.

–Opta por el recurso de decir tonterías –sugirió DJ–. Es lo que yo siempre hago cuando alguien me pide que escriba algo acerca de mí misma.

Cuando se marchó, tomé el diario del escritorio. Esa noche, aún no me había sentado en ningún momento. Había realizado toda la tarea en la cama y mis esfuerzos habían sido bastante débiles. Mis calificaciones no iban a ser buenas pero no encontraba las fuerzas necesarias para “intentarlo”, como mis padres me habían rogado antes de enviarme ahí.

–Solo inténtalo, Jam –dijo mi padre–. Aunque sea un semestre, ¿de acuerdo? Y ve qué pasa.

Lejos de mi casa, sentada en la cama mientras el viento golpeaba los viejos postigos de mi habitación y se oían los ruidos distantes de las chicas haciendo pasos de música tecno al otro lado del pasillo, me recliné sobre el muñeco y abrí el diario.

Solo iba a escribir unos pocos renglones, nada más que eso. *Opta por el recurso de decir tonterías*, había dicho DJ.

Decidí escribir algo soso y aburrido para que, al final del semestre, cuando la Sra. Quenell dijera “Entreguen los diarios”, ella viera que, aparentemente, yo me había esforzado... aunque no iba a leer lo que había escrito. Descubrí que, por alguna razón, no quería irritarla o decepcionarla.

Pero no tenía absolutamente nada que decir. En lo único que pensaba era en Reeve.

Era raro que pudieras vivir durante mucho tiempo sin necesitar a nadie y luego conocías a alguien y sentías que no podías estar un minuto sin esa persona. En primer lugar, Reeve y yo nos habíamos conocido porque teníamos clase de Gimnasia juntos. Unos años antes, mi escuela había creado una clase de Gimnasia alternativa, que tenía mucho yoga y mucho bádminton. De modo que, el primer día, en medio de esa clase, apareció un joven de ojos oscuros con bermudas arrugadas y una camiseta roja que decía *Manchester United*. Alguien susurró que era uno de los chicos nuevos del intercambio escolar.

Durante el partido, el inglés no hacía el menor esfuerzo y dejaba que los volantes pasaran zumbando junto a él. Yo también decidí dejar de jugar y preferí observar a ese chico que mascullaba “*Coño*” mientras unas plumitas de plástico pasaban a centímetros de su cara.

Luego se terminó la clase y, mientras los varones y las mujeres se dirigían a los diferentes vestuarios, yo hice algo totalmente impropio de mí. No había que olvidar que era una de las chicas calladas, tímidas y buenas, y no alguien que hiciera un gran esfuerzo por impresionar a nadie.

Sin embargo, por alguna razón, le dije a ese muchacho:

–Buena estrategia –me demandó mucho coraje expresar algo tan tonto como eso.

Me miró con los ojos entornados.

–¿Y de qué estrategia se trata?

–Evasión.

–Sí –admitió–. Es básicamente la forma en que he vivido hasta el día de hoy.

Nos sonreímos ligeramente y ahí terminó todo. Durante la semana, lo vi en la escuela e inventé excusas para hablar con él y él inventó excusas para hablar conmigo.

–A la familia con la que vivo, los Kesman –contó un día en el comedor– les encanta cantar en canon. ¿Saben lo que es eso?

–¿Cantar en canon? –pregunté–. Ah, como *Fray Santiago, Fray Santiago, ¿duerme usted?, ¿duerme usted?*

–Es insoportable. Después de la cena, tenemos que quedarnos todos en la mesa y cantar en canon durante horas. Tal vez no sean horas, pero lo parecen. Es la familia más sana y saludable que conocí en toda mi vida. ¿Todas las de acá son así?

–No –respondí–. La mía no lo es.

–Eres una chica afortunada –dijo Reeve.

Estaba muy entusiasmada con él, pero me dije que debía calmarme, que era solo un amigo. De todas maneras, quería que fuera más que eso. Pero, realmente, ¿por qué habría de interesarse en *mí* cuando había tantas opciones mucho más obvias? Pero podía jurar que yo le interesaba. No le conté a ninguna de mis amigas y experimenté en silencio lo que Reeve provocaba en mí.

Una tarde, la clase de Arte se realizó fuera de la escuela pues teníamos que dibujar un paisaje. Me había ubicado en una loma frente al estacionamiento con los árboles a lo lejos. Estaba sentada con el bloc de hojas y la carbonilla cuando Reeve apareció a mi lado.

Nos quedamos sentados en silencio, hombro con hombro, sin tocarnos. Aunque estábamos muy cerca el uno del otro, ni siquiera nuestros suéteres se chocaron por accidente. Hacía solo dos semanas que lo conocía y no sabía casi nada de él. Nuestra relación consistía en sonrisas comunes, otras burlonas y en decirnos cosas graciosas.

Pero yo *quería* que nuestros hombros se tocaran. Era como si pensara que podíamos comunicarnos por medio de ellos. Mi hombro, bajo la lana celeste de un suéter que había tejido mi abuela Rose antes de morir, podía tener una breve conversación con *su* hombro, que se hallaba bajo la lana color chocolate de un suéter que probablemente había comprado en alguna tienda de Londres. Y si nuestros hombros lograban tocarse, yo sabía que sentiría una emoción superior a todo lo que había conocido antes. Fue entonces cuando descubrí que nunca antes me había sentido *emocionada*.

A los catorce años, había besado a Seth Mandelbaum exactamente cuatro veces. No había estado mal, pero *emocionante* no era la palabra adecuada. La segunda vez, nos encontrábamos detrás de las cortinas el día en que Jenna Hogarth festejaba los catorce años (“¡Jenna cumplió catorce!”, repetía sin cesar su madre en forma irritante) y Seth metió la mano por debajo de mi camisa y,

sujetando el sostén, susurró con voz muy seria: “Eres muy femenina”. Y yo largué una carcajada. Herido, Seth se vio forzado a preguntar: “¿Qué es tan gracioso?”, y yo a responder: “Nada”.

Esa relación no concluyó realmente sino que se fue apagando. En poco tiempo, fue como si nunca hubiera existido.

Pero con Reeve era diferente. Mis sentimientos eran tan intensos cuando estaba con él que tenía que tratar de no darle tanta importancia. Al principio, no nos tocábamos; y el contacto visual también era escaso. Por la mañana, yo echaba un vistazo rápido por el hall de la escuela y mi mirada de rayo láser lo detectaba en medio del mal aliento matutino de las decenas de chicos que atestaban la zona de los casilleros.

Y al día siguiente de la clase de Arte, en que terminé dibujando un retrato increíble de Reeve y todos vieron que entre nosotros existía una verdadera conexión, Dana Sapol me invitó a su fiesta. No podía creerlo, estaba tan entusiasmada... pero me obligué a comportarme de manera ultra discreta. Reeve y yo nos veríamos fuera de la escuela por primera vez y podía suceder cualquier cosa.

La sola idea de sentarme junto a ese chico que venía de Londres por unos pocos meses, o incluso de estar en la misma habitación que él en una fiesta, me hizo sentir como si fuera a desmayarme y caer estrepitosamente al piso.

El sábado por la noche, mis padres me dejaron en la casa de los Sapol. Leo también estaba en el auto porque los tres iban a ir al cine del centro comercial y a comer pizza. Mientras atravesábamos las calles, miré por la ventanilla las tiendas del centro comercial y distinguí el

caballito violeta al que mi padre solía llevarme cuando era pequeña. Colocaba una moneda tras otra en la ranura y yo cabalgaba sobre él como si fuera la experiencia más excitante del mundo.

Pero, en realidad, no había hecho nada excitante. Apenas había salido de Crampton: una vez para ir a Disney World y todos los veranos para visitar a mis abuelos en Ohio. Reeve era de un lugar completamente distinto, donde se hablaba diferente. Había tenido experiencias que yo no podía ni imaginar, pero deseaba conocerlas. *El mundo es inmenso*, pensé esa noche mientras me llevaban a la fiesta. Inimaginablemente inmenso y, a veces, emocionante, y Reeve formaba parte de él.

—Que te diviertas mucho, querida —dijo mi madre al bajarme frente a la *McMansión* de Dana en el vecindario más elegante de los alrededores, donde las casas estaban muy separadas unas de otras. Tenía columnas blancas en el frente y un ventanal enorme, pero las cortinas estaban corridas.

Mis padres no tenían la menor idea de lo importante que era esa noche. No sabían que era una fiesta distinta de todas a las que había ido antes. Suponían que, en la casa de Dana Sapol, todos los chicos estaban sentados en la alfombra jugando al *Scrabble*. Y, obviamente, no sabían nada acerca de Reeve, porque yo nunca lo había mencionado.

Cuando entré, la sala de los Sapol estaba oscura y olía a cigarrillo, a pizza, a cerveza y a marihuana. La música sonaba a todo volumen. No vi a Reeve y saludé a algunos chicos, pero no me detuve a conversar. Él era el único con

quien quería hablar, de modo que me abrí paso entre la multitud hasta que escuché su acento tan especial y actué como un perro deteniéndose bruscamente ante la voz del amo. Luego seguí esa voz y ahí estaba Reeve Maxfield con una camisa arrugada.

A veces, parecía como si todavía no hubiera desempacado. Llevaba la camisa arremangada y sostenía una bolsa de supermercado en una mano y una botella de cerveza en la otra. Cuando me vio, estaba hablando con un grupo de muchachos y, abruptamente, se detuvo en mitad de la frase.

–Termina lo que estabas diciendo, amigo –exclamó Alex Mowphry, que sujetaba su botella de cerveza por el cuello y trataba de lucir mayor de lo que era. En sexto curso, él había vomitado por todo el autobús en nuestro viaje de fin de semana a la ciudad colonial de Williamsburg.

–No –dijo Reeve. Bajó la cerveza y se dirigió directamente hacia mí–. Tendrán que imaginar lo que estaba por decir.

–Pendejo –masculló Alex.

–¿Pendejo? –repitió Reeve llevándose la mano al oído–. Lo siento, pero en mi país, se les dice así a los niños, de modo que supongo que significa algo... *agradable*.

Alex le hizo un gesto grosero con el dedo en alto, pero Reeve echó a reír. Luego se acercó a mí y me dijo *hola*. Mi rostro se puso caliente; pude sentirlo aun con el calor que hacía en la sala. Los otros chicos comenzaron a hacer bromas sobre nosotros mencionando el retrato que yo le había hecho en la clase de Arte, y nosotros les devolvimos las bromas. Después me preguntó:

–¿Quieres ir a otro lugar a charlar?

–Claro –respondí y caminamos por el corredor hacia las habitaciones. Tras la primera puerta que abrimos, había dos personas entrelazadas sobre una pila de abrigos. Levantaron la vista hacia nosotros sin mucho interés. Reconocí a Lia Feder, que había estado el año anterior conmigo en la clase de Matemáticas para Principiantes. Hizo un gesto con la cabeza, me dijo *hola* y luego continuó besando a un chico que yo nunca había visto, y quizás ella tampoco.

Cerramos la puerta y continuamos la recorrida. En la habitación siguiente, había un grupo de chicos sentados en el piso que parecían estar en las primeras rondas de un partido de *strip* póker. Todos levantaron la vista y emitieron unas sonrisitas disimuladas.

Finalmente, entramos al dormitorio de la hermanita de Dana. Courtney Sapol tenía cinco años y se había ido con sus padres por el fin de semana, dejando a Dana en la casa con sus sesenta amigos más cercanos, y yo. La habitación de Courtney era blanca y rosa, y la cama tenía baldaquino. No parecía correcto sentarse en ella; era una obviedad, como si estuviéramos diciendo: “Somos dos adolescentes que se gustan y, como no hay padres cerca en esta fiesta adolescente, es hora de tener sexo en la cama de una niña”.

Pero yo no quería hacer eso, estaba abrumada por lo que sentía por Reeve y, además, ¿qué pasaba si él solo pensaba que yo era “dulce” y “agradable” y le gustaba mi cabello largo, pero no estaba realmente interesado en mí?

Eché un vistazo alrededor del dormitorio de luz tenue. La alfombra era mullida y sintética y, en la oscuridad, ni

siquiera pude distinguir de qué color era. Resultaba muy extraño lo que ocurría con el color, cómo la oscuridad lo hacía desaparecer. Reeve apoyó en el suelo la mochila que llevaba con él.

–¿Provisiones? –pregunté.

–Sí, de mi país –contestó, y cuando espí dentro del bolso vi un frasco pequeño y lo saqué.

–*Mermelada de piña y jengibre Busha Browne's* –leí en la etiqueta–. Pero es de *Jamaica* –comenté y Reeve asintió.

–Bueno, Jamaica en un tiempo fue colonia inglesa.

Y entonces me di cuenta: Dios mío, había traído la mermelada de Jamaica *por mi nombre*. Claro. Era un regalo para mí, una broma interna entre los dos. Me sentí tan emocionada por el gesto que el calor volvió a encender mis mejillas. Esperé que dijera que era para mí, pero Reeve era tímido.

–¿Puedo quedármela? –pregunté suavemente.

–Claro. Es buena.

Pero sabía que nunca abriría ese frasco, sería un recuerdo de esa fiesta y de esa noche. Cerré la mano alrededor del vidrio y lo guardé con cuidado dentro del bolso.

En el piso, había una gran casa de muñecas, una de esas ridículamente costosas que los Sapol habían mandado a hacer especialmente para su hija. Se parecía a la casa de verdad: una *McMansión* en miniatura dentro de la *McMansión* de tamaño real. Las habitaciones estaban decoradas con muebles pequeñitos y muy elegantes, que probablemente había que pedir de un catálogo especial. Había cuadros enmarcados que tenían encima unas lucécitas que se encendían si jalabas de una cadenita. El

tocador de la mamá tenía un juego de peines y cepillos plateados. Las cerdas eran tan pequeñas como las pestañas de un bebé.

En la sala de estar, estaban apiñados todos los miembros de la familia. Reeve se sentó en el piso y yo me acomodé junto a él.

–Aquí tienes –dijo alcanzándome con solemnidad una muñeca de madera con vestido y delantal estilo retro–. Esa eres tú –y levantó el muñequito del padre, recién llegado del trabajo, de traje y corbata–. Y este soy yo –agregó. Y llevamos al papá y a la mamá a recorrer la casa. Les hicimos preparar la cena en la cocina de mármol y los sentamos juntos en la sala a ver televisión.

–Están viendo *Britain's Got Talent* –anunció Reeve.

–No, *American Got Talent* –insistí yo.

–*Britain's Got Talent*.

–*American Got Talent* .

–Nuestra primera pelea –señaló Reeve.

Los dos muñecos estaban sentados uno al lado del otro en el sofá y sus hombros se tocaban, que era lo que yo había querido que hicieran nuestros hombros reales. Reeve arrojó el muñequito del papá al piso, de modo que yo hice lo mismo con la mamá. Los dos muñequitos quedaron uno junto al otro y, en la luz suave e incolora, Reeve y yo quedamos frente a frente. Mi corazón latía con todas sus fuerzas pero traté de ignorarlo.

Nuestros ojos se cerraron y los rostros se movieron al mismo tiempo con esa torpeza que recordaba de Seth Mandelbaum. Los hombros también se tocaron y sentí el crujido de su camisa arrugada de algodón.

Eso no tenía nada que ver con lo de Seth Mandelbaum.

Los labios carnosos de Reeve tocaron los míos durante un segundo y luego se despegaron con un leve chasquido. Los sentimientos se arremolinaron dentro de mí con mucha rapidez. Él retrocedió y emitió un sonido similar a un *ahh* y yo lo imité; ninguno de los dos se sentía cohibido: simplemente *excitados*. Nos besamos interminablemente encima de la casa de muñecas.

Esa resultó ser la noche en que nos enamoramos. Hacía dieciséis días que nos conocíamos. Solo nos quedarían veinticinco días más.

Abrí el diario y tomé el bolígrafo, pero no fui capaz de escribir una sola palabra.